



Richard Ford



Canadá, de Richard Ford

Por Joan Flores Constans (La Vanguardia)

“-Sientes que has tenido una vida maravillosa? [...]

-La acepto. [...]

-Todos la aceptamos. Ésa no es una respuesta”.

Cuando la vieja guardia narrativa estadounidense -vieja no tanto por la edad como por ser la depositaria de las esencias de la novelística clásica, esa que hunde sus raíces en la literatura europea del siglo XIX- abandona sus cuarteles de invierno y se muestra en todo su esplendor, el mercado literario se frota avariciosamente las manos, la crítica asiente condescendentemente y el lector sonríe con esa mueca nerviosa del neófito. Cada nueva entrega de ese excelso triunvirato de la novela realista -con la cadencia imperturbable de Philip Roth, la más imprevisible de Cormac McCarthy o la exageradamente espaciada de Richard Ford- levanta olas de expectación porque, entre otras cosas, desmiente con rotundidad ese velatorio en que se han instalado los apocalípticos vates, fruto, a su pesar, de un postmodernismo fatalmente asimilado, que insisten en anunciar el irremediable deceso del género literario por excelencia, la novela, afectado, y va ya para un siglo, por una excelente mala salud de hierro.

Canadá (Canada, 2012), no es solamente un libro maravilloso, es un catálogo de virtudes narrativas, una muestra indiscutible del temperamento de un escritor que ha alcanzado la excelencia, un manual de novelística imprescindible, la obra definitiva de un deslumbrante genio de las letras universales. Si alguien había creído que Ford había alcanzado la cumbre con la *Trilogía de Frank Bascombe* (The Bascombe Novels, 2009), *El periodista deportivo* (The Sportswriter, 1986), *El Día de la Independencia* (Independence Day, 1995) y *Acción de Gracias* (The Lay of the Land, 2006), habrá de reconocer que *Canadá* representa una inesperada vuelta de tuerca en la obra del norteamericano, el culmen de la excelencia, una novela de las que marcan época.

Dell Parsons es un muchacho que ve alterada su tranquila vida

“Cuán asombrosamente lejos lleva la normalidad”,

por un atraco a un banco que cometen sus padres -y la posterior desaparición de su hermana-, lo que le obliga a exiliarse en Canadá

“[...] culpar a los padres de las dificultades de tu propia vida al final no te lleva a ninguna parte”,

GRUPO A



Tertulias Literarias

para huir de los servicios sociales estadounidenses, y por unos asesinatos que tienen lugar en su entorno al poco de llegar a esa supuesta tierra de promisión; esa es la trama de *Canadá*, que queda desvelada en el primer párrafo de la novela. El propio Dell es quien, muchos años después, relata la historia de su juventud atendiendo a tres fuentes de información: su propia experiencia, lo que le cuenta su hermana, y unas crónicas que escribió su madre desde la cárcel en que estaba recluida, que son el verdadero nudo argumental, el desencadenante a partir del cual se despliega *Canadá* -que no existiría sin ellas porque no habría sido necesario-, las “memorias” de Dell: memorias sobre memorias.

“En su “Crónica de un acto criminal cometido por una persona débil”, nuestra madre escribió como si Berner [la hermana] y yo estuviéramos presentes y pudiéramos leer sus pensamientos en el instante mismo en que los iba registrando, y fuéramos sus confidentes y nos beneficiáramos de tales pensamientos. Su crónica representa para mí su voz más verdadera, la que nosotros sus hijos nunca oímos y sin embargo la voz con la que se hubiera expresado si alguna vez hubiera podido hacerlo cabalmente, sin los límites que le había impuesto la vida. Esto mismo sin duda es cierto con todos los padres y los hijos. Uno no conoce más que una parte del otro”.

Ese es el filtro a través del cual conocemos su historia, el del narrador en primera persona que comparte la implicación y el protagonismo; es evidente el sesgo que supone esta fórmula

“Si quienes estuvieran contando esta historia fueran ellos [sus padres], ésta sería lógicamente diferente, y en ella serían los protagonistas de los acontecimientos por venir, y mi hermana y yo los espectadores, que es una de las cosas que los hijos son respecto de sus padres”.

Pero Dell asume que este sesgo es inevitable y deja en manos del lector cualquier tipo de juicio moral; al fin y al cabo, la elección del narrador es una opción que el autor debe valorar a la hora de encarar la historia. En este caso, es cierto que Dell descarga parte de su responsabilidad

“Los hechos, sin embargo, no son como uno se los inventa”.

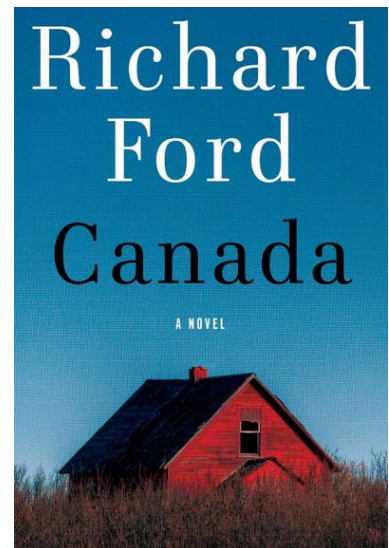
en el hecho de compartir su experiencia con las fuentes, también personales, de su hermana y de su madre, otras dos visiones que debe considerar para ampliar y, por qué no, modificar la propia. El debate acerca de la adecuación a la realidad de cada una de las versiones y su fiabilidad queda abierto. Al fin y al cabo,

“Eso era principalmente lo que la vida era para mí: acontecimientos que tenían lugar en el interior de mi cerebro”.

¿Debe la suma de pequeños errores desembocar fatalmente en un Gran Error? Seguramente, acabaríamos cayendo en el derrotismo más desalentador, pero no es posible obviar las condiciones circundantes que hacen derivar los hechos en un sentido fatal: la inapelabilidad del destino y la fuerza que lleva a la degradación; por esa razón el ajedrez funciona como una excelente metáfora ya que es un juego en que es imposible dar marcha atrás y en el que cada estrategia errónea conlleva una sucesión de movimientos posibles que llevan, sin solución, a la derrota final. En la novela, además, figuran otros condicionantes que refuerzan la verosimilitud de la trama: la educación religiosa en la predestinación del protagonista; Dell, en su afán por encontrar justificación de los hechos, tiene una teoría, y es que para delinquir hace falta cierta predisposición psicológica, que sirve a la vez para justificar la comisión del delito y para efectuar la planificación necesaria, y asume que el fracaso en el atraco al banco se debió a la falta de “profesionalidad” en el delito:

“Me resulta difícil conciliar en la cabeza la idea de una vida normal y la del final al que ambos llegaron. Pero vale la pena intentarlo, ya que, repito, de otro modo muy poco de esta historia sería inteligible”;

Y el desolado entorno, extraordinariamente reflejado, del estado de Montana en los años 60. Ambos condicionantes, además, influidos por el atisbo de mensaje conservador, común a toda forma de puritanismo religioso, en las propias consideraciones del narrador: una vida mejor debe conseguirse a través de medios lícitos porque la redención que representa una situación económica desahogada es imposible si no se merece. Toda la intervención de Dell se encuentra mediatizada por una especie de causalismo de signo negativo: si no eso, entonces no aquello, del que no se



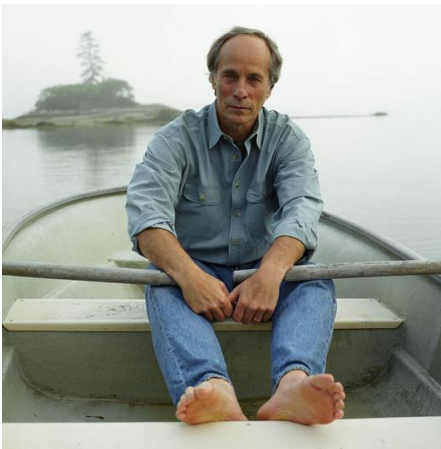


Tertulias Literarias

puede escapar fácilmente pues toda corrección, una vez consumado cada uno de los hechos, es imposible; además, el narrador también se refugia a menudo en unas pretendidas circunstancias adversas de las que no se siente capaz de escapar:

“Sería posible, supongo, mirar a nuestra pequeña familia y juzgarla retrospectivamente predestinada a la perdición, al borde de hundirse bajo el turbión de las olas, destinada a la descomposición y al fracaso”.

Los seres humanos llevamos a cabo acciones injustificadas, inesperadas, que no se corresponden con nuestra concepción del bien y del mal, y que sólo pueden entenderse provocadas por una situación puntual ante la que no tenemos manera de responder porque, comúnmente, excede a nuestras posibilidades, sean éstas intelectuales o afectivas. A posteriori, puede aventurarse una justificación que valide esa carencia, pero lo que no podemos evitar es que esta pseudo-justificación vaya perdiendo valor con el tiempo que, conforme avanza, va revelando progresivamente la naturaleza del error.



Sin embargo, Dell sabe que lo que cuenta, lo que escribe, el texto que tenemos delante, será leído por alguien, así que el relato de lo sucedido no puede evitar cierta parcialidad; de ahí que podamos dudar si el minucioso detalle con que emprende el relato de los antecedentes del atraco y el efecto retardante que imprime al contar el momento de la detención responden a una obsesión del narrador por el detalle, de hecho presente en varios episodios, o a la pretensión, con estas sucesivas dilaciones, de poner al lector de su parte.

“No está bien hacer como si las cosas no hubieran acontecido nunca por malas que fueren, como si uno hubiera podido abrirse paso de cualquier otra manera hasta el presente”.

Lo que no evita el narrador, y ésta es una de las características que hacen de la novela un texto de alta calidad, es la profundidad narrativa que hace que cada episodio articule un relato por sí mismo, prácticamente sin fragmentos de transición, aunque interrumpiendo el relato de la acción para detallar los precedentes de algunos de los personajes relevantes en la trama, intercalados hábilmente como confesiones o charlas, evitando así, como en el caso de la crónica de la madre, la disonancia que significaría convertir al narrador en omnisciente; un realismo a ultranza que logra, mediante la adopción del ritmo adecuado a cada fragmento, apoyar la importancia intrínseca de cada episodio. En este sentido, a pesar de que Dell asume la responsabilidad de sus actos, es evidente que funciona una especie de mecanismo de penitencia por los errores sufridos, cuya máxima medida sería la totalidad del texto, pero que se parcializa como si la derivación de responsabilidad atenuase las consecuencias de los hechos. Así, mediante esta especie de proyección, las crónicas que la madre escribió desde la prisión actuarían como excusa-expiación, ya que en ellas ofrece por escrito todo aquello que no se ha atrevido a decir a sus hijos en persona; y, del mismo modo, *Canadá* funcionaría como expiación del narrador por todo lo que no ha podido decirle a su madre, su respuesta a la lectura de la crónica: como en otras memorables ocasiones, la literatura como expiación.

“A lo largo de todos estos años mi hábito de pensamiento da por hecho que toda situación en la que se ve envuelto el ser humano puede dar la vuelta. Todo lo que alguien ha asegurado que es verdad puede no serlo. Todo pilar de creencia sobre el que el mundo se sustenta puede estar y puede no estar a punto de saltar por los aires. La mayoría de las cosas no siguen mucho tiempo como están. Saber esto, sin embargo, no me ha hecho escéptico. El escepticismo es creer que el bien no es posible; y yo sé a ciencia cierta que el bien es. Y lo que hago es no dar nada por sentado y tratar de estar preparado para el cambio que pronto ha de llegar”.

Pero *Canadá* es también una crónica del desarraigo, la historia de un hombre en formación transplantado por las circunstancias geográfica -de Estados Unidos a Canadá- y emocionalmente -el pasar de ser “un hijo de una familia normal” a ser “un hijo de atracadores de bancos”, corregido y aumentado por la pérdida de la hermana- a un país no por próximo menos extraño; una crónica que, sorprendentemente, se enmarca, temporalmente, entre los dos hechos principales, el atraco y los asesinatos, en apenas unos meses. Una evasión no sólo de los hechos, del pasado, sino, sobre todo, del recuerdo, mediante la conjuración de éstos para que dejen de ser una amenaza velada y, una vez

GRUPO A



Tertulias Literarias

materializados y enfrentados, poder huir de ellos. Pero Canadá no se revela tampoco como una tierra prometida en la que retomar su vida anterior: Partreau es descrito como un punto desolado donde tiene lugar un tipo de vida peculiar muy alejado de la vida familiar en Montana; el continuo identificativo vida familiar-estabilidad-casa queda definitivamente alterado por el exilio-provisionalidad-chabola.

“Aquellos que somos capaces de imaginar como lo peor nunca es lo peor posible”.

Este exilio conlleva un cambio de identidad, por una parte forzado, ya que no puede declarar su origen ni las circunstancias de su llegada, y por otra facilitador, ya que el hecho de que nadie le conozca le ofrece la oportunidad de inventarse una nueva vida:

“Este estado anímico me confería una libertad nueva; era como empezar la vida otra vez [...] o como si fuera alguien distinto; alguien, sin embargo, que no se hallaba detenido sino en movimiento, conforme a la naturaleza de las cosas de este mundo. Podía gustarme o podía aborrecerlo, pero el mundo iba a seguir cambiando a mi alrededor, al margen de cómo pudiera yo sentirme”;



O incluso de cambiar de nombre, el cambio de identidad por antonomasia. Pero también un cambio cualitativo muy importante: la soledad.

“Ensayando modos de acostumbrarme a estar solo [...]. Al anochecer, cuando terminaba de cenar y volvía de mi paseo y podía soportar estar solo (nunca tuve la sensación de que mi situación fuera verdaderamente soportable), me sentaba en el catre y desplegaba el tablero de ajedrez sobre la manta, colocaba las cuatro filas de piezas temblorosas de plástico y urdía mis movimientos y estrategias contra adversarios imaginarios y sin especificar”.

Ya ha quedado dicho, pero insisto: *Canadá* es una grandísima novela, un texto impresionante que pasará a formar parte del canon ficcional occidental, una indiscutible aspirante al trono, por fuerza compartido, de La Gran Novela Americana. No se la pierdan.

Flores en las grietas

Entrevista con Richard Ford (El País, 24 agosto 2013)

La mañana posterior a la reelección de [George W. Bush](#), [Richard Ford](#) decidió cruzar la frontera en dirección a Canadá. Pero no para emprender un exilio forzado, como tantos intelectuales neoyorquinos juraron que harían (y nunca cumplieron), sino para conseguir que le inyectaran una vacuna contra la gripe, que la sanidad estadounidense no creyó que mereciera. El protagonista de su última novela, Dell Parsons, emprende ese camino medio siglo antes, adentrándose en el territorio vecino por una carretera que no se distingue demasiado de la que ha dejado al otro lado de la frontera, pero donde hay más casas y graneros y molinos de viento. Entonces cuenta 15 años y una amiga de su familia le conduce a Canadá en busca de una segunda oportunidad. Con la primera no ha tenido suerte: sus padres acaban de ser detenidos por robar un banco y su hermana se ha dado a la fuga. En esa tierra gélida y desconocida — que “trata mejor a sus propios indios” y “cuyo dólar misteriosamente vale más que el nuestro”, como observa Dell —, el protagonista logra reconstruirse.

Puede que [Canadá](#) (se publica el 4 de septiembre) sea la primera aspirante a gran novela americana que un estadounidense ubica en el país vecino. “Creí que los canadienses me concederían una medalla al mérito por semejante proeza, pero nunca llegó”, ironiza el escritor, recién amanecido y sentado en su despacho de East Boothbay, en el Estado de Maine. “Me mudé aquí para poder vivir junto al mar. Antes lo hice en Nueva York, Los Ángeles, Chicago y Nueva Orleans, pero la vida en la ciudad no me satisfacía, porque es demasiado ruidosa y uniforme. Sé que es una forma patricia de ver las cosas, pero así es como me siento. Espero terminar mis días junto al mar”, explica. Creados a

GRUPO A



Tertulias Literarias

su propia imagen, los personajes de Ford encarnan a la perfección esa movilidad estadounidense por antonomasia, que impulsa a cualquier hijo de vecino a marcharse a la otra punta de su geografía para empezar de cero cuando las cosas se ponen feas, en una búsqueda incesante de esa felicidad precaria e inscrita en la constitución federal.

¿Ha mejorado su escritura desde que abandonó la ciudad?

No sé si soy yo quien debería decirlo. En cualquier caso, no tengo la sensación de trabajar en mejores condiciones. Cada novela es un nuevo reto, porque intento que me salga mejor que la anterior. No creo que ningún escritor alcance un altiplano creativo en el que logre mantenerse durante años. Es la diferencia entre creerse un profesional y un amateur. Yo me sigo considerando un aficionado

Tengo entendido que Canadá surgió de una apuesta con [Raymond Carver](#).

Déjeme pensar si eso es cierto [suspira y reflexiona]. Sí, se podría decir que lo es. Allá por 1986 cruzamos la frontera para cazar gansos salvajes. Nos encontrábamos en la provincia de Saskatchewan y decidimos hacer una apuesta para ver quién era capaz de integrar ese nombre en un relato. Gané yo, pero solo porque Ray murió antes de poder realizarlo. Esa debió de ser la llama que encendió mi interés literario por Canadá.



En la novela, el país vecino adquiere los rasgos de un refugio, tras la tumultuosa experiencia del protagonista en Montana. ¿Considera que Canadá es un lugar mejor que Estados Unidos?

No creo que sea un lugar mejor, pero sí que se trata de un muy buen lugar. Es un país completamente distinto pese a que, a simple vista, parezca casi idéntico. Es un lugar mucho menos violento que Estados Unidos, más receptivo a la diferencia y al cambio, donde la importancia de la propiedad privada es mucho menor. Canadá es un lugar donde los estadounidenses nos sentimos liberados de ciertas imposiciones de la vida en nuestro país.

La novela explora la vigencia del mito fundacional estadounidense: la posibilidad de volver a empezar en cualquier otro lugar. ¿No ha demostrado la historia que se trata de una falsa ilusión?

Es una cuestión compleja. Los estadounidenses seguimos creyendo que podemos reinventarnos trasladándonos a cualquier punto de nuestro vasto continente. El resultado no siempre está a la altura, pero el mito no resulta falso en sí. Como decía Emerson, el problema suele ser uno mismo. Puedes cambiar de ciudad y alterar las vistas en tu ventana, pero cambiarte a ti mismo es más difícil. Lo cual no significa que uno no pueda darse nuevas oportunidades.

En cambio, su admirado [F. Scott Fitzgerald](#) aseguró que “las vidas estadounidenses no tienen segundo acto”.

Como tantos otros aforismos sobre la existencia, el de Fitzgerald no aguanta un escrutinio riguroso. Yo no creo que tengamos una sola oportunidad en la vida. El problema de Fitzgerald y de [Hemingway](#) es que se quedaron atascados con el punto de vista que tenían a los 20 años. Yo tengo casi 70, así que he tenido tiempo de revisar mis opiniones sobre la vida.

Canadá aborda un conflicto recurrente en su tradición literaria: el que enfrenta a individuo y comunidad, habitual desde el primer relato auténticamente estadounidense, Rip van Winkle, de Washington Irving. Su protagonista era un colono que, harto de la vida en común, escapaba al bosque.

Es una tensión central en nuestra tradición literaria y también en la vida diaria, así que no me parece extraño que sea uno de los temas más importantes de mi obra. El día de la independencia trataba de este asunto. Al final del libro, Frank Bascombe observaba el desfile del 4 de julio a distancia, hasta que se daba cuenta de que quería unirse a él. La mejor solución siempre será unirse al desfile, vincularse a la comunidad. No se debe confundir independencia con aislamiento.



Tertulias Literarias

En su nuevo libro este sentimiento de pertenencia tiene matices. Dell acaba haciendo las paces con su país, pero desde el otro lado de la frontera. ¿No es su punto de vista más crítico de lo habitual?

Tiene razón. El sentimiento de afiliación es menor. La solución para Dell acaba siendo reconstruirse en otro lugar. Es casi como si le empujaran al otro lado de la frontera. Nunca me he atrevido a decirlo, porque nadie me había hecho esta reflexión, pero puede que este libro no contenga un discurso muy positivo sobre mi país. Aunque tampoco quiero excederme, porque yo amo a Estados Unidos. Se trata de un gran país. Es solo que atraviesa un mal momento.

¿Cuál sería su diagnóstico sobre la situación actual?

Podría empezar diciendo que tenemos un presidente formidable, pero que es saboteado cada vez que intenta hacer algo significativo.

En 2009 escribió una tribuna sobre [Obama](#) en *Libération*, en la que decía: “No debemos dejarnos llevar por una decepción cínica cuando revele que es humano. Él siempre ha dicho que lo era. Somos nosotros quienes lo hemos erigido en salvador”. ¿Lo sigue pensando?

Sí. Creo que, cada vez que se celebran elecciones, nuestra función es mandar al mejor hombre posible a la Casa Blanca. Y Obama lo era. Después estamos obligados a convivir con sus decisiones durante cuatro años, tanto si nos gustan como si no. Lo importante es escoger a una persona buena, inteligente y responsable. No me gusta que no haya salido de la guerra o que promueva la vigilancia de ciudadanos inocentes, pero también ha hecho cosas muy positivas, como la reforma de la cobertura médica.

¿Qué opina de [Bradley Manning](#) y [Edward Snowden](#)? ¿Los considera héroes?

Mi punto de vista es complejo. Por una parte, me parece normal que sean juzgados, puesto que se han saltado la ley. Snowden tendría que volver a Estados Unidos y enfrentarse al juicio. Pero, por la otra, creo que tendría que ser absuelto, porque en el fondo nos ha hecho un gran servicio a todos.

¿Hasta qué punto le inspira la actualidad? Hace unos años dijo que le parecía “premature” escribir sobre el 11 de septiembre. ¿Necesita distancia respecto a la historia para poder novelarla?

No estoy seguro. En este momento escribo cuatro relatos breves sobre Bascombe tras el paso del huracán Sandy, que ocurrió en octubre pasado. Algunas veces, la actualidad logra inspirarme. El problema del 11-S es que supuso una pérdida demasiado profunda. No tenía nada que decir aparte de lo que resultaba obvio, así que no sentí que pudiera escribir una novela al respecto.

El conflicto entre el hombre y una naturaleza salvaje e indomable es otro tema clásicamente estadounidense. Superar un atentado terrorista, en un país que nunca había vivido un ataque exterior, excepto Pearl Harbor, no lo es. ¿Tiene que ver con eso?

No puedo negarlo. Existe una reacción ancestral en nuestra manera de responder a una catástrofe natural. En ella, aparece algo indefectiblemente humano que me interesa mucho. En cambio, no soy capaz de entender cómo aceptamos algo tan espantoso como el 11-S, que fue una catástrofe totalmente antinatural.

A un nivel general, ¿qué problemas detecta cuando observa su cultura?

Detecto un gran narcisismo. Nadie tiene ningún sentido de la responsabilidad por nada que no sea uno mismo. De todas formas, mi punto de vista es el de un hombre viejo. Si le hubiera hecho la misma pregunta a un anciano en 1910, seguro que la respuesta sería la misma.

Tal vez no. El individualismo, acentuado por el modelo económico, es más pronunciado hoy que hace un siglo.



GRUPO A

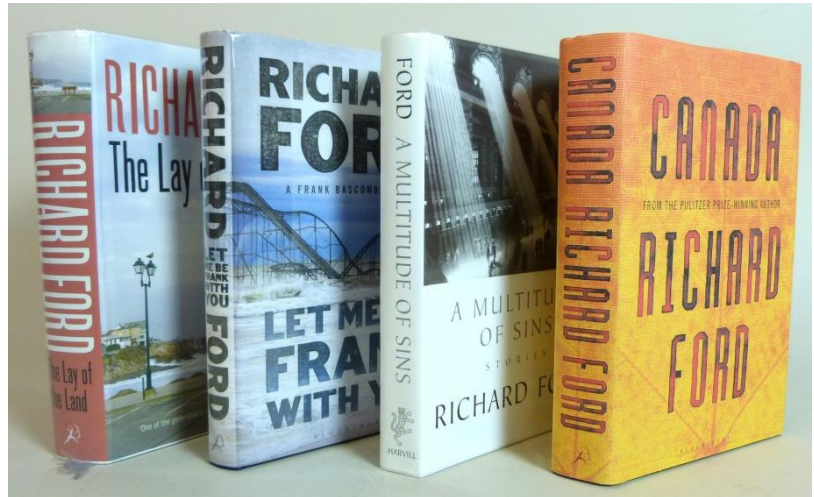


Tertulias Literarias

Es verdad. Existe el sentimiento de que la vida se ha vuelto ingobernable. Todos aquellos que no tienen la capacidad intelectual de afrontar esta perspectiva se refugian en sus asuntos privados. El resultado acaba siendo cada vez más individualismo, cuando lo que necesitaríamos es más sentido de comunidad y más esfuerzo por el interés general.

¿Existe un sentimiento de culpa en el hecho de pertenecer a una cultura tan poderosa, incluso en términos industriales?

No me he sentido culpable en la vida. Lo que no significa que no sea sensible a este asunto. Uno nace donde nace por accidente. Y esa aleatoriedad no me confiere responsabilidad ni culpa, aunque tal vez sí la voluntad de hacer algo útil con mi vida, ya que he tenido esta suerte. Escribo novelas con la esperanza de que tengan un efecto. Cuando te dedicas a esto durante muchos años, acabas entendiendo que no seguirías escribiendo si nadie te leyera. Existe una conexión entre el escritor y la moral pública.



¿La moral cuenta para usted?

En este contexto cuenta mucho. Al leer una novela, uno puede observar el resultado de un comportamiento y corregir el suyo propio en la vida real, aprendiendo algo sobre la naturaleza humana que antes tal vez desconocía. Pero bueno, puede que todo esto solo sean pequeñeces...

Si llegan a tener efecto, no lo son.

El problema es que la mayoría de mis conciudadanos —y no pretendo situarme por encima de ellos, sino describir lo que observo a mi alrededor— no se permite el lujo de hacerse este tipo de preguntas. ¿Qué puedo hacer para mejorar la vida de los que me rodean? ¿Qué puedo aprender sobre mi relación con el resto del mundo? Esas son las cosas que nos invita a preguntarnos una novela.

Sus personajes suelen ser solitarios que no logran adaptarse a las formas convencionales de organización social. Se encuentran desarraigados y a la deriva. ¿Tal vez porque usted se sintió así al nacer en el sur, un lugar que nunca le gustó demasiado?

Algo de eso hay. Siempre sentí una discrepancia fundamental, una desconexión profunda con esa tierra. Sentí un vacío que tenía que rellenar para conseguir que mi vida fuera plena.

¿Es cierto que una vez dijo que odiaba a los niños?

Lo dije con afán provocador, aunque es cierto que no disfruto de su compañía. No me importa que me acusen de misántropo; puedo vivir con eso. Prefiero dedicar mi vida a algo útil que desviar mi atención hacia un pobre inocente que ha venido al mundo contra su voluntad. ¿No cree que existe un motivo por el que los niños llegan a este mundo llorando?

La primera mitad de Canadá puede leerse como el monólogo de un paciente tumbado en el diván. ¿Recorre Dell los recuerdos de su infancia para ordenar su existencia e intentar aprender algo de ella, casi como en un psicoanálisis?

No sé si es una novela psicoanalítica, pero está claro que es analítica. Está contada por un hombre que se acerca al final de su vida —y soy experto en el tema, porque estoy llegando al término de la mía— y decide relatarse su propia historia. Es una forma de demostrarse a sí mismo que, pese a la disparidad de sus vivencias, su existencia ha resultado coherente.

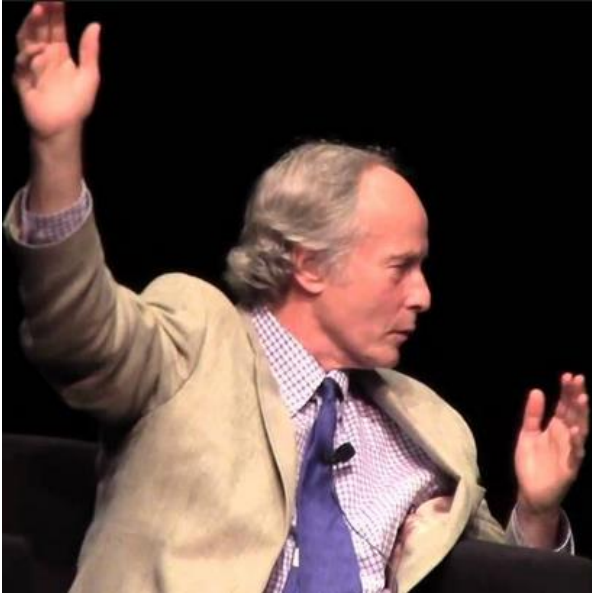
GRUPO A



Tertulias Literarias

¿Se trata de dotarse de un relato personal para configurar una identidad propia y luego poder celebrarla, como diría Walt Whitman?

De nuevo, si existe celebración alguna, tenemos que escribirla en minúsculas. Se trata de un proceso de aceptación de uno mismo que siempre ha existido. Lo que hicieron Freud y Jung no fue más que institucionalizar algo que los humanos ya desarrollaban de manera natural.



El libro empieza en 1960, cuando su padre murió; sus progenitores también eran de confesiones diferentes, y usted mismo participó en pequeños robos en su Misisipi natal. ¿Qué porcentaje de autobiografía contiene Canadá?

Soy culpable de todo eso, pero cuando me hablan de autobiografía me resisto ligeramente, no quiero que se subestime mi imaginación. Es decir, tiene toda la razón: crecí con un padre ausente y sé lo que es robar, pero mi madre no era judía y tampoco crecí en Montana. Los detalles autobiográficos son minúsculos.

¿No encierra este libro una voluntad de entender mejor su propia historia?

Desconfío del verbo entender. Siempre empiezo mis clases en Columbia preguntando a mis estudiantes qué significa entender. Suelen responder que es algo así como encontrar una aguja en un pajar. En mi opinión, esa aguja no existe y buscarla supone una pérdida de tiempo.

Lo dice al final del libro, cuando escribe que “la vida se nos entrega vacía y el sentido oculto casi no existe”.

Eso es de [Ortega y Gasset](#). La vida nos es arrojada y la existencia se convierte en una experiencia poética.

Otra constante en su obra es la reflexión sobre la masculinidad. Sus protagonistas fueron educados con un modelo de varón a la antigua que ha dejado de ser útil y tienen que encontrar nuevas maneras de convertirse en hombres.

Se trata de algo tan integrado en mí que ni siquiera soy consciente de ello. Me educó una madre muy fuerte y he vivido con la misma mujer durante los últimos 50 años. La masculinidad de [John Wayne](#) nunca fue un modelo para mí. Crecí en un mundo donde las mujeres eran mis iguales. Mis protagonistas suelen ser hombres, pero se podría cambiar el género de cualquiera de ellos y el resultado no sería demasiado diferente.

¿Hasta qué punto resulta determinante su dislexia para entenderle como persona y como escritor?

Si no fuera disléxico, no sé si sería el mismo tipo de novelista. A consecuencia de mi lentitud en la escritura y la lectura, mis libros son más pacientes y profundos que acelerados y superficiales. La dislexia te obliga a escuchar con atención a los demás si quieres entender algo. Esto hoy resulta de lo más exótico, porque en la mayoría de conversaciones no se comparte información. No hay empatía ni compasión, ni tampoco entendimiento posible. Las conversaciones de hoy consisten en un grupo de personas haciendo cola, esperando su turno para hablar.

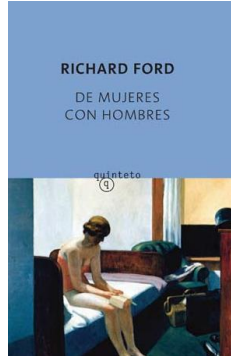
GRUPO A



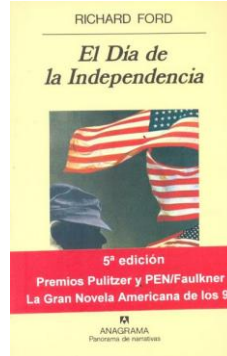
Outros títulos de Richard Ford nas Bibliotecas de Oleiros:



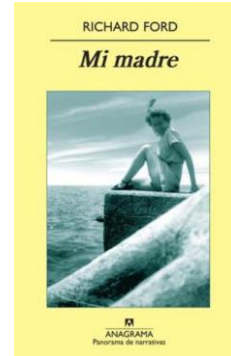
[Acción de gracias](#)



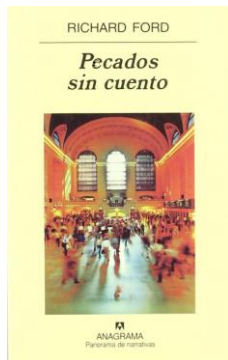
[De mujeres con hombres](#)



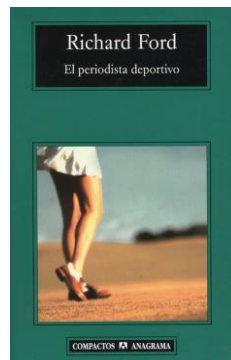
[El día de la independencia](#)



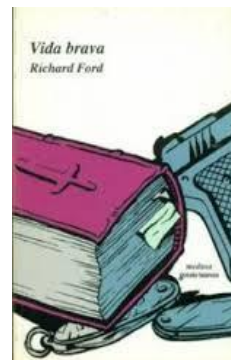
[Mi madre](#)



[Pecados sin cuento](#)



[El periodista deportivo](#)



[Vida brava](#)

Fontes:

[El País \(España\)](#)

[Revista de Letras – La Vanguardia](#)

RECOMENDAMOS AS SEGUINTES LIGAZÓNS:

[Reseña de José Luis de Juan en El País \(España\)](#)

[Entrevista de Sergi Doria para ABC \(España\)](#)

[Entrevista de Juana Libedinsky para La Nación \(Argentina\)](#)

[Reseña de Rodrigo Fresán en Página 12 \(Argentina\)](#)

[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(dende 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org

Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

Web: <http://www.oleiros.org/web/concello-oleiros/bibliotecas>